

ANÉCDOTAS E IMÁGENES DE DOS PERSONAJES: VALLE-INCLÁN Y CARLOS ARNICHEs

Juan A. Ríos Carratalá
Universidad de Alicante

La investigación ha demostrado que las vías para conocer la realidad teatral son múltiples y heterogéneas. En un reciente trabajo, José Romera Castillo indicaba la importancia de la escritura autobiográfica para la reconstrucción de nuestro pasado teatral¹. Las diferentes modalidades que se pueden englobar en la misma –memorias, autobiografías, epistolarios, diarios, autorretratos...; además de las conversaciones, entrevistas, crónicas, libros de viajes, etc- permiten el conocimiento de aspectos parciales capaces de completar o modificar la imagen de autores, obras, actores y otros protagonistas del mundo teatral. Las investigaciones del citado profesor y del equipo que dirige en la UNED están demostrando el interés de estos textos, ya utilizados por la crítica sin el carácter sistemático que ahora se pretende.

Mi intención es subrayar la importancia de la anécdota dentro de este conjunto de textos, utilizada a partir de la imagen gráfica del autor y con una intención preferentemente pedagógica. Aunque, a menudo, la anécdota no tenga el carácter de autobiográfica –será el caso, a veces, de los autores aquí estudiados-, puede cumplir unos objetivos muy similares en la tarea de reconstrucción de nuestro pasado teatral. Hay muy diferentes tipos y grados de significación dentro de la anécdota, que bien seleccionada puede definir e ilustrar a una persona, un comportamiento o un ambiente. En nuestras conversaciones todos recurrimos a ellas para caracterizar a alguien o para recordar un episodio. Su carácter sintético la convierte en un breve relato de densa carga semántica que, de utilizarse correctamente, va más allá de lo anecdótico, de lo superficial. Si se aplican repetidamente a un individuo o una colectividad pueden contribuir a crear una imagen de los mismos –más o menos acertada y manipulada-, que tiende a perdurar, a veces incluso por encima de la propia personalidad de quienes las protagonizan. Ahí está su verdadero riesgo, que debemos asumir para utilizar correctamente el potencial significativo de la anécdota.

¹ “Escritos autobiográficos y teatro de la época (1916-1939)”, en Dru Dougherty y M^a Francisca Vilches Frutos (eds.), *El teatro en España entre la tradición y la vanguardia (1918-1939)*, Madrid, CSIC, 1992, pp. 305-320.

En los casos de dos dramaturgos como Valle-Inclán y, en mucha menor medida, Carlos Arniches percibo un deseo de crear personajes a partir de sí mismos, o una “máscara” según la terminología de Robert Lima. No fueron los primeros ni los últimos en proyectar una imagen pública que acaba configurando un personaje que, para los no vinculados estrechamente al autor, sustituye al mismo. Esa imagen suele venir definida por una caracterización exterior –el caso de Valle-Inclán, con sus quevedos y barbas, es paradigmático- y una serie de anécdotas, más o menos reales, que transmitidas con una siempre relativa fidelidad acaban creando en la opinión pública un personaje que nos hace olvidar al verdadero autor. Y no contra el deseo del mismo, pues a menudo es él quien toma la iniciativa de crear un personaje que le puede resultar beneficioso por múltiples motivos, en especial los relacionados con la promoción y la creación de unas expectativas en sus lectores o espectadores. Los casos actuales de, por ejemplo, Francisco Umbral y Camilo José Cela –ayudados con eficacia por los medios de comunicación audiovisuales- son de sobra conocidos como para que insistamos en un proceso que tiene tan ilustres precedentes como Quevedo y Torres Villarroel.

La crítica actual tiende, con un criterio lógico, a relegar a un segundo plano estas circunstancias para centrarse en el análisis de las obras. Si algunos llegan incluso a la eliminación del autor, es comprensible que los anecdóticos o su imagen exterior apenas sean tenidos en cuenta. Admitimos que, a menudo, constituyen un material de escaso valor que puede alterar, o prejuiciar, nuestro acercamiento a la obra literaria o teatral. Sin embargo, cuando nos encontramos con casos en los que la creación de un personaje público responde a la voluntad consciente del autor, creo que es un error prescindir de algo que, en definitiva, es tan creación del autor como su propia obra. Máxime cuando hay sintonía entre ese personaje y la creación literaria, probablemente subrayada en un sentido concreto por los materiales que configuran a dicho personaje.

Si pretendemos realizar un estudio riguroso y profundo de la obra de un autor, lo arriba indicado apenas servirá como un mero punto de partida que debemos superar inmediatamente. Sería absurdo pretender explicar, por ejemplo, la producción teatral de Valle-Inclán a partir de su riquísimo anecdótico o de la imagen, o imágenes, de sí mismo que con tanto acierto nos transmitió. También lo sería en el caso de Carlos Arniches, pues sus casi doscientas obras no pueden resumirse en las notas significativas de algunas anécdotas o, en definitiva, de su imagen pública. Pero no siempre estamos obligados a ser rigurosos y profundos. A menudo, la pedagogía requiere la utilización de unos elementos llamativos, fácilmente comprensibles y que se graben en el recuerdo

de los alumnos para facilitar posteriores acercamientos. Cualquiera que tenga experiencia docente conoce la rentabilidad de una buena y oportuna anécdota, capaz de ejemplificar en términos concretos conceptos abstractos de difícil asimilación. Si esto es reconocido –aunque no practicado- por todos, en el ámbito del teatro y ante autores como Valle-Inclán o Carlos Arniches tenemos el campo abonado, pues ambos –sobre todo, el primero- crearon con su “máscara” y sus anécdotas unos personajes públicos capaces de caracterizar, en una muy primaria aproximación, su significación dentro de nuestra historia teatral.

En un reciente congreso organizado en Madrid por Dru Dougherty y María Francisca Vilches Frutos se reunió a un numeroso grupo de especialistas en torno al debate entre tradición y vanguardia que se da en el teatro español desde 1918 hasta 1939. Un debate intenso en aquel período y con múltiples ramificaciones y matices, puestos de relieve por unas ponencias centradas mayoritariamente en los intentos de transformar en un sentido más o menos vanguardista el teatro de la época. En el mismo, y con una intención sólo esquemática, se pueden establecer dos grandes campos: el de un teatro comercial, de notable éxito popular, y otro entre marginal y vanguardista, de escasa repercusión en el público, aunque a menudo de una elevada calidad en sus aportaciones, que todavía protagonizan nuestro mundo teatral. No cabe hacer, por supuesto, compartimentos estancos entre un teatro comercial y otro de calidad, ni caer en los habituales maniqueísmos. Pero esa dualidad puede constituir un primer punto de acercamiento para un alumno, que enseguida necesitará concretarlo con nombres y ahí pueden aparecer las figuras, o mejor dicho, los personajes de Valle-Inclán y Carlos Arniches.

Si nos mantenemos en un ámbito exclusivamente pedagógico, creo conveniente utilizar los materiales gráficos relacionados con ambos autores, pues pueden ilustrar nuestras explicaciones. La imagen de Valle-Inclán, aunque cambia a lo largo de su biografía, es tan poco convencional como su teatro. Lo peculiar de la misma en su época más conocida ha dado lugar a múltiples recreaciones que, a menudo, tienden hacia la caricatura subrayando algunos rasgos concretos como las barbas, las lentes o la seriedad hierática de su menudo figura de hidalgo. El ejemplo más destacado de la utilización de estos rasgos es la caricatura dibujada por Uxio Santo con apenas unas lentes y un par de líneas ondulantes. Sobraba para identificar al original y otros caricaturistas como Rodríguez Ruiz, Toño Salazar, Sirio, Leal de Cámara, Begarías, Durán y un largo etcétera recrearon su figura con los mismos elementos, añadiendo en algunos casos su

peculiar cabellera tan alejada ya de las melenas románticas de su época modernista y convertida en un pelado al rape, estilo erial. Algunos como Román Bonet añaden elementos simbólicos innecesarios y Picasso marca la diferencia con un sugestivo sombrero². Pero tanto interés por parte de los dibujantes es el fruto de un personaje peculiar, llamativo, que encuentra su marca en la sabia utilización de unos pocos elementos. Cuando fue retratado al óleo por Ignacio Zuloaga, Juan Echevarría y su contertulio Anselmo Miguel Nieto ese efecto se pierde en parte. Lo dislocado de la caricatura refleja mejor a Valle-Inclán que el relativo naturalismo de los cuadros, lo cual no es casual o ajeno a su estética, que también la llevó a la creación de su propia imagen.

Si observamos las fotografías de Valle-Inclán, comprobamos que esos mismos rasgos resaltan de por sí, centran nuestra atención y nos sugieren algo que necesitamos concretar con un conocimiento menos superficial del personaje. Cualquiera que conozca, por ejemplo, el desprecio de Valle-Inclán por lo convencional y prosaico, su peculiar concepto del orgullo y la hidalguía, o su poco disimulado deseo de llamar y centrar la atención de los demás, podrá comprender el porqué de una imagen conscientemente elaborada. Es cierto que en aquella época las fotografías apenas captaban la naturalidad de las personas, que se tendía demasiado a adoptar una “pose”. Pero dentro de la misma siempre hay algún rasgo peculiar que, repetido conscientemente, nos indica la elaboración de una imagen propia que se desea transmitir al público. Desconozco si alguien ha investigado todo el material gráfico sobre la llamada Generación del 98 y se ha planteado, por ejemplo, el porqué de la eterna seriedad de los rostros. Concretamente, en la Casa Museo Azorín disponemos de centenares de fotografías realizadas durante décadas y sólo en una el autor de Monóvar parece esbozar una “sonrisa” tan enigmática como la de la Gioconda. Salvo excepciones y teniendo en cuenta la convencional seriedad que se suponía propia de todos los hombres ilustres de la época que eran fotografiados, esa seriedad resulta significativa. Máxime en un autor como Valle-Inclán, el cual –a pesar de alguna fotografía familiar donde sus finos labios parecen esbozar una sonrisa tras la tupida barba- la une a una falta de convencionalismo que nos obliga, cuando le vemos en una fotografía de grupo,

² Puede consultarse una buena selección de estas caricaturas, y también de fotografías del autor, en Juan Antonio Hormigón, *Valle-Inclán. Cronología. Escritos dispersos. Epistolario*, Madrid, Fundación Banco Exterior, 1987 y *Valle-Inclán y su tiempo hoy. Catálogo exposición*, Madrid, Ministerio de Cultura, 1986. Véase también J. Rubia Barcia, *A Bibliography and Iconography of Valle-Inclán*, Berkeley, University of California Press, 1960.

a centrar nuestra atención sobre él porque es tal vez el más conocido, pero también porque es diferente.

Si contemplamos algunas fotos incluso podemos pensar que Valle-Inclán aprovechaba todas las ocasiones para cultivar su histrionismo y recrear su personaje. Las correspondientes al viaje a Soria en 1929 para visitar al desterrado Enrique de Mesa podrían ser un buen ejemplo. Las polainas –dignas de un “gallo polainero”, según su propia metáfora-, la boina ladeada y la bufanda están justificadas por el posible frío, pero forman un conjunto propio del mejor diseñador que es resaltado por la feliz predisposición de Valle-Inclán para posar ante la cámara. Frente, por ejemplo, a la insulsez de un Azorín tempranamente envejecido, dichas fotos nos muestran al constante fabulador y privilegiado histrión de sí mismo, capaz de cultivar una imagen personal que dejaba atónitos a sus coetáneos y que, a pesar de su tradicionalismo anacrónico, nos sorprende por la modernidad de muchos rasgos. El paralelismo con su obra literaria es demasiado obvio para un conocedor de la misma, pero resultará atractivo para el alumno que, por primera vez, se acerque a Valle-Inclán.

La imagen que nos transmiten las fotografías de Carlos Arniches es muy distinta, aunque también sea peculiar³. Si alguien no la ha visto y tiene una idea parcial de su teatro, puede que le imagine como un “fresco” o un “chulapón” del Madrid de la época, listo para acudir a la verbena de la Paloma. Nada más lejos de la realidad, pues su esbelta y elegante figura hacía pensar en un *lord* inglés, como ya se dijo en la prensa del momento. Sus cabellos claros y bien peinados, su rostro afable –del que pronto desapareció la barba- marcado por una tímida sonrisa en ocasiones, sus rasgos equilibrados que se mantienen incluso en caricaturas como la dibujada por Vicente Bañuls y la indumentaria utilizada nos transmiten una imagen de elegante normalidad burguesa, la de buena parte de su teatro. Si estudiamos globalmente su obra, pronto percibiremos que, dentro del campo comercial arriba indicado, se aleja intencionadamente de lo vulgar, populachero, precipitado y facilón. Carlos Arniches no era un autor con “pinta” de *lord* que, por contraste, escribía sainetes, sino el creador de un género chico diferenciado del ínfimo, de un teatro que siempre busca la sonrisa ingeniosa más que la carcajada ante lo obvio y vulgar. El montaje fotográfico que sitúa su busto por encima de un Madrid al que observa con paternalismo y rostro bondadoso

³ Véase una selección de estas fotografías en Vicente Ramos, *Vida y teatro de Carlos Arniches*, Madrid, Alfaguara, 1966

es todo un símbolo de su teatro, de la imagen personal que intentaba transmitir en sintonía con su obra.

Por lo tanto, podemos comenzar contraponiendo dos series de fotografías de Valle-Inclán y Carlos Arniches, explotando didácticamente la capacidad sugerente de toda imagen bien elaborada y estableciendo una comparación al margen del maniqueísmo. Recordemos que sólo son sugerencias que deben confirmarse.

La primera y más sencilla confirmación la podemos obtener mediante la utilización de las anécdotas que mejor definen a ambos personajes. Mas para ello es menester que la anécdota sea auténtica. Por autenticidad –siguiendo el criterio de García Sabell- entiendo en este caso no el que lo contado haya tenido cabal cumplimiento, sino el que esa narración haya sido realmente inventada por el escritor. Nadie puede creer literalmente todo lo narrado por Valle-Inclán acerca de sí mismo, pero esa fabulación – más allá de su correspondencia con la realidad- está proyectando el personaje autobiográfico que quiso crear el autor para su imagen pública.

Lo mismo sucede, aunque en mucha menor medida, con Carlos Arniches. Mientras que el personaje de Valle-Inclán representaba lo anticonvencional, lo excepcional o “lo extravagante” –según la acertada definición de Primo de Rivera-, el del autor alicantino era el de la discreción y lo convencional dentro de un mundo regido por el tan manipulado “sentido común”, tan presente en su teatro como guía ideal de los comportamientos. Para crearlo y transmitirlo apenas necesitaba las anécdotas, todo lo contrario de un Valle-Inclán que, como constante fabulador de sí mismo, dejó un impresionante conjunto de los más divertidos, singulares y extravagantes relatos, pero – no lo olvidemos- también significativos en contra de lo que pensaba Guillermo de Torre⁴.

Tal riqueza de anécdotas provocó que la opinión pública –y algunos avispados- le atribuyeran otras falsas en el sentido arriba indicado, aunque siempre con un necesario paralelismo con las auténticas. Esta circunstancia, lejos de ser perjudicial para Valle-Inclán, es una muestra de hasta qué punto caló su personaje en la opinión pública. Su, digámoslo así, *alter ego* cobró una autonomía similar a la de Quevedo y en las páginas de los periódicos y en las tertulias se contaban unas anécdotas que suponían un

⁴ Véase *La difícil universalidad española*, Madrid, Gredos, 1965, pp. 116-7. Por el contrario, Francisco Ayala piensa que, lejos de oscurecer su creación literaria, el Valle-Inclán público da acceso a ella, en parte porque la “persona” inventada procedía de la misma fuente imaginativa que su literatura. Véase “Valle-Inclán and the Invention of Carácter”, *Valle-Inclán Centenal Studies*, ed. Ricardo Gullón, Austin, University of Texas, 1968, pp. 229-39. Dru Dougherty apoya esta opinion en *Un Valle-Inclán olvidado: entrevistas y conferencias*, Madrid, Fundamentos, 1983, p. 11.

éxito, tal vez menor, de Valle-Inclán. Un éxito con riesgos, pues algunos de sus enemigos le descalificaron no por su obra, sino por ser el producto de un personaje casi estrambótico. Esta “acusación” jamás se pudo dirigir contra Carlos Arniches, de cuya vida sabemos todavía poco porque tal vez haya poco que saber. La imagen de hombre metódico, trabajador, de costumbres fijas, con una envidiable estabilidad durante décadas, además de ser probablemente cierta, necesitaba pocos elementos para tener una base sólida. Carlos Arniches vivió como un esmerado artesano teatral que apenas utilizó su capacidad de fabulador, ni para su obra ni para sí mismo. Todo lo contrario de Valle-Inclán.

De acuerdo con nuestro elemental esquema pedagógico, ¿qué anécdotas podemos seleccionar para situar a estos autores en nuestra historia teatral? En el caso de Valle-Inclán es difícil encontrar una sola que ilustre su personalidad –tan compleja y múltiple-, dada la riqueza de las recopiladas por biógrafos como Ramón Gómez de la Serna. Pero podríamos comenzar con una serie de las que muestran que “su agresividad siempre estaba erguida”, según dijera el citado biógrafo. Las tensas relaciones que mantuvo con otros autores, los enfrentamientos a veces violentos, las conocidas réplicas repletas de ironía y agresividad ingeniosa podrían ser un buen punto de partida. El mundo de las tertulias literarias se prestaba a estas situaciones, pero Valle-Inclán necesitaba, además, subrayar su personalidad ante los demás. Su inconformismo radical y su fe ciega en la obra que estaba creando eran circunstancias que casi le obligaban a polemizar con vehemencia y violencia. Si llegó a pedir públicamente el fusilamiento de los hermanos Álvarez Quintero y encerró a su mujer en un camerino para que no representara un drama de Echegaray, tenemos una idea de hacia donde dirigía esa agresividad epatante al modo bohemio, pero siempre encaminada hacia los obstáculos, más o menos reales, que se le oponían. Y, claro está, muchos de ellos ejemplifican de un modo muy sencillo y primario la dialéctica teatral de la época.

Esa agresividad de Valle-Inclán se combina con una fe absoluta en las propias posibilidades, lo cual permite comprender la coherencia de una obra que apenas cedió ante presiones comerciales o de otro tipo. Las múltiples anécdotas que nos indican el orgullo y hasta la soberbia de un personaje entre la bohemia y la hidalguía nos dan claves para entender esa indispensable confianza, la del genio. En el componente autobiográfico de Max Estrella la encontramos, pero también por ejemplo en los episodios de sus detenciones con sus famosos diálogos con la autoridad.

Hay un tercer elemento clave en las anécdotas de Valle-Inclán: la voluntad de escapar de la mediocridad. La capacidad de fabular que demuestra en las mismas tiende a superar los estrechos límites de lo cotidiano, a subvertir la realidad. El que fuera capaz de eliminar lo villano de la sopa de ajos o convertir su único mueble en un rasgo de elegancia propia de un senador romano, aparte de mostrar el buen humor necesario para superar situaciones difíciles, revela un deseo de trascender imaginativamente la realidad. En las anécdotas el proceso es muy sencillo, pero coherente con el que encontramos en su obra literaria.

Por lo tanto, con apenas media docena de anécdotas podemos ilustrar la imagen de un autor inconformista, polémico, seguro de sí mismo y, sobre todo, con un espíritu creativo. Estos rasgos no justifican su obra, claro está, pero guardan una relación coherente con quien protagonizó una de las renovaciones más fructíferas del teatro español. Sin conocer sus anécdotas, lo que revelan y tal vez ocultan, al alumno le resultará más difícil comprender el complejo y polémico camino seguido por Valle-Inclán en un panorama dominado por la mediocridad y el conformismo.

Carlos Arniches no es el polo opuesto, lugar que ocuparían otros autores mucho más vulgares y hoy olvidados. Pero sus anécdotas muestran a un personaje que afronta la creación teatral con la mentalidad de un artesano, tan diferente de la del genio. Quienes le conocieron subrayan siempre la regularidad absoluta de sus costumbres, tanto en el ámbito personal como en el profesional. Carlos Arniches era un hombre de hábitos que intentaba pasar desapercibido sin moverse del lugar que le correspondía y a pesar de la popularidad que alcanzó. Tuvo algunos enfrentamientos con autores y editores, pero jamás alcanzó un protagonismo por esa vía. Lo suyo era una familia burguesa, unas costumbres moderadas y discretas, la regularidad en su producción, su aceptación de los límites de un autor de éxito y el intentar satisfacer durante décadas las expectativas de un público que fue envejeciendo lentamente y sin sobresaltos, como su teatro, como el propio Carlos Arniches.

Por lo tanto, frente a la mentalidad del bohemio genial, la del burgués; frente al teatro siempre en el filo de lo imposible, el posibilismo. Y, en ambos casos, con resultados positivos, pues Valle-Inclán –a diferencia de tantos bohemios cuya única creación válida fue su propia vida- mantuvo su “estética vigilante”, según definición de Díaz Plaja, y luchó con éxito para dominar sus resortes creativos, al igual que lo hiciera Carlos Arniches con otros más sencillos. La crítica ha demostrado que algunas parcelas del teatro de ambos están próximas, pero lo importante ahora es subrayar que utilizando

unas imágenes y unas anécdotas podemos tener una idea, aunque sea muy superficial, de dos actitudes básicas ante el hecho teatral. No he descubierto nada nuevo –habría sido una quimera en los casos de Valle-Inclán y Carlos Arniches-, pero mi intención ha sido subrayar la utilidad pedagógica de unos elementos sencillos y fácilmente comprensibles. La mayoría de los investigadores somos docentes y nuestro reto como tales es, en primer lugar, interesar a unos alumnos que, a menudo, dan un salto en el abismo al pasar de un bachiller progresivamente infantilizado a los libros universitarios que recopilan el trabajo de los investigadores. ¿Por qué no empezar presentándoles a los autores, con sus imágenes y anécdotas? ¿Por qué no presentarles unos personajes que casi son tan fruto de la creación como los de las obras literarias? Y es que, algún día, tendremos que hablar de las consecuencias en la docencia de la “deshumanización” de la crítica y la investigación.